

## **CAPÍTULO I**

### **EXTRACTO DE LAS MEMORIAS DEL PADRE BERNARDO ARANGUREN, SJ**

Aunque para Dios nada es imposible, las limitaciones propias de mi entendimiento, que es humano y, por tanto, imperfecto, me hacen presagiar que, muy probablemente, estos ojos que me dieron a conocer la luz del mundo no alcanzarán a disfrutar los albores de la próxima primavera.

A pesar de mis recientes diagnósticos médicos y las desesperanzadoras previsiones que los mismos me auguran, me gratifica poder experimentar, y así quiero dejarlo por escrito, que mi alma se mantiene firme y en paz, sin nada que la aferre ya a las mieles de este mundo. Me sobran años como para poder cargar con cualquier tipo de tristeza que pueda ocasionar mi partida. Todo es Gracia.

Es por eso que, hoy por hoy, agradezco al Padre, primigenio artífice de todas las cosas, el haberme permitido participar de la inconmensurable belleza de su Creación a través del tiempo que me ha sido concedido. Y todo ello, a pesar de mis fragilidades y de los muchos pecados que, tantas veces, me han hecho caer y apartarme de su plan divino por la propia debilidad que, de manera inevitable y consustancial, subyace en el corazón de todos los hombres.

En ese sentido, tampoco quisiera dejar de dar gracias a Dios por mis flaquezas, por mis culpas, por mis maldades. Porque, sin duda alguna, ellas se han alzado como los catalizadores que me han permitido alcanzar la suficiente empatía con todo aquel que se ha

visto necesitado de mi perdón y del reflejo de la misericordia divina que, por mandato evangélico directo, debemos irradiar y regalar todos los sacerdotes. Una vez más, una de tantas, «donde abundó el pecado, sobreabundó la Gracia»; también en mi persona, sencillo instrumento en manos del plan de Dios.

Tan es así que, desde estas postreras miras de mis últimos actos, habiendo recibido ya los santos óleos y considerándome en paz con el Padre y con los hombres, no tengo más pretensión que abrazarme yo también a su infinita bondad y esperar su inapreciable llegada como el centinela aguarda a la aurora.

La única obligación moral que me resta para con este mundo, a fin de que mi muerte no acarree más trabajo del necesario a los hermanos de la Compañía, no es otra que procurar salvaguardar el relativo orden de mis archivos personales y documentos pendientes de publicación por si, quizá algún día, pudieran servir de algo a aquellos que me sobrevivan. Los años, en su sabio devenir, me han ido liberando de las ataduras propias del mundo, tanto de las intelectuales como de las corporales. Cada vez necesito comer menos y dormir menos. Y, en esta suerte de ventura mística, vengo a utilizar la noche, que es tiempo de salvación, para poner al día, como digo, escritos que no debieran perderse, habida cuenta de la gran valía que custodian sus sacramentales testimonios.

Curiosamente, tras una larga vida dedicada a la erudición, al estudio, al intelecto, al razonamiento teológico y al continuo esmero por alcanzar una perfecta transmisión de la realidad de Dios a través de los caminos de la lógica y las palabras, es ahora, al final de mis días, cuando me doy cuenta de que todo eso no es más que una inútil y frágil construcción humana que no alberga más posibilidades de alcanzar los cielos que la antigua Babel.

Es ahora cuando comprendo que son, en definitiva y por contra, los testimonios de lo cotidiano, las experiencias vitales y el encuentro personal con el Dios de la vida los únicos medios con

poder de convicción y capacidad más que suficiente para transmitir la utopía por el Reino y el mensaje de nuestro Señor Jesús. Salvaguardar la verdad, y no otra cosa, es el mandato final que aún sigue latiendo con fuerza en lo más profundo de mi viejo corazón. «¿Y qué es la verdad?», que diría Pilatos. No me toca a mí decidirlo. Documentar cada uno de los sucesos en los que, aparentemente, se refleje una idea o testimonio de las realidades extrasensoriales o preternaturales que nos circundan y nos sobrepasan es la última misión que le resta a este pobre viejo. A pesar de la aparente inverosimilitud de algunos de estos acontecimientos, es necesario abrir la mente y confesar que no todo lo que nos parece improbable o extraño tiene que derivar en imposible.

No rechazo las explicaciones que las ciencias experimentales puedan aportar al anecdotario narrativo que pretendo recapitular, pero, igualmente, insisto en respetar el espacio de trascendencia que, en ocasiones de manera muy clara y explícita, pudiera corresponderle.

Ruego a Dios que, a su mayor Gloria, estas humildes líneas e historias me sobrevivan y puedan servir de aprendizaje a quienes caminen detrás de mí. Otros, con más capacidad que yo, serán los que, quizá en un futuro no muy lejano, sepan interpretarlas debidamente y en toda su complejidad. Para mí, muchas de ellas todavía suponen un misterio que no he sido capaz de desbrozar. No importa. Sea mi cometido levantar acta de tales hechos, no comprenderlos. Todo llegará a su tiempo. Es por ello que, al igual que san Juan en el *Apocalipsis*, hago mía su propia iniciativa, inspirada que le fue por mandato de Dios: «Lo que veas, escríbelo en un libro».

Y así habrá de ser: aquí, desde este mismo escritorio, incuestionable testigo del paso de las estaciones a lo largo de mis días, junto a los quicios de mi vieja ventana, disfrutando de las sempiternas jacarandas que, allá a lo lejos, se alzan, sinuosamente

bellas e inmortales, como guardianes naturales del pórtico principal de la iglesia de San Francisco Javier.

Es ahora, recién entrado el otoño, teniendo frente a mí toda la documentación que, hace ya muchos años, me fue entregada para su custodia por parte de fray Martín Escribano, OFM, además de otras tantas notas comprensivas de los testimonios orales que acabaron circundando su contexto, cuando me decido a principiar este inusual trabajo con la compleja redacción del relato que recoja los extraños acontecimientos de los que fue testigo mi querido hermano de la Orden de Frailes Menores y cuya publicación me autorizó a gestionar de manera potestativa.

Con este sentir y parecer, habiendo transcurrido años más que suficientes desde que Dios, de un modo sorpresivo y prematuro, tuvo a bien llamar a su presencia al hermano Martín, me siento en la necesidad, querido lector, de hacerle partícipe de la inexplicable historia que, hace casi dos décadas, tuvo lugar en Villa Miranda: una antigua finca ubicada al pie de la Sierra de Costablanca y que, por aquel entonces, había sido rehabilitada como negocio de hospedería por parte de una conocida familia de la zona.

Solo me resta poner de manifiesto que, muy especialmente, me esforzaré en que los hechos se presenten tal cual se narran en los documentos originarios, haciendo lo posible por eludir todo elemento subjetivo que pueda predisponer o dirigir el pensamiento de los lectores hacia mis propias reflexiones o conclusiones, si bien, no por ello habrá de temblarme la mano a la hora de dar cabida en la narración a todos y cada uno de los insólitos sucesos que la protagonizan.

Bernardo Aranguren, SJ

## **CAPÍTULO II BAJO EL CIELO DE VEGA**

La irrefrenable cadencia de la caída del sol sobre la muy lejana línea del Ucayali y sus horizontes sugería a fray Martín que Esperanza llevaba más de una hora intentando poner en marcha, sin éxito, un viejo motor que parecía haber dado de sí todo lo que aquel día pudiera esperarse de él. La enfermera, con gesto de hastío y resignación, renunció a comprender el mecanismo de los resortes y engranajes que impulsaban el motor de aquella vieja furgoneta y, tras lanzar un escandaloso suspiro, se limitó a limpiarse las manos con un trapo. Con la mirada de inocencia que suele acompañar a la inevitable sonrisa que aflora frente a lo inoportuno, se dirigió al sacerdote.

–Me temo, hermano, que estamos sin gasolina. La aguja del indicador lleva rota bastante tiempo y, quizá, no hemos sido lo suficientemente previsores para la ruta de hoy.

Fray Martín Escribano, con las manos en los bolsillos, sin exteriorizar demasiado la inconveniencia del trance, matizó.

–No pluralice, hermana. Es usted la que debiera haberse ocupado de revisar cualquier tema relacionado con la logística. Mis funciones aquí, ya sabe usted, se limitan a los asuntos de Dios.

El franciscano le ofreció a la enfermera un caramelo de regaliz de la cajita metálica que siempre llevaba consigo.

–No se preocupe –continuó mientras la tranquilizaba con una sonrisa–, saldremos de esta.

La enfermera, tras otro inevitable suspiro, agradeció que su compañero apagara fuegos y restara importancia a aquel inesperado inconveniente que los había bloqueado en el improvisado camino que serpenteaba entre San Roque y San Ramón.

El hermano Martín, eminentemente práctico y despreocupado, volvió a tomar la palabra.

–Intuyo, entonces, que solo queda esperar a que nos echen en falta y vengan a por nosotros. Por lo que también es posible –añadió– que tengamos que pasar aquí un buen tramo de la noche, quién sabe si la noche entera.

La mujer, apretando los labios, corroboró la visión del sacerdote. Con los brazos en la cintura, vestida con una camiseta blanca bajo un chaleco de pesca, unos pantalones desmontables y unas maltratadas botas de montaña, miró a su alrededor.

A lo lejos, la selva y su misterio comenzaban a entremezclar sus sombras con las del horizonte. Sin embargo y por suerte, aquella ruta los había estancado en un tramo en el que, a cuenta de la mano furtiva de los madereros, aún no los envolvía la espesura. Los cálidos ocres, naranjas y rojos de la caída del sol envolvían con mil gamas la pronta llegada de la noche, como tiñendo de sangre los difuminados linderos que separaban el cielo y la tierra, mucho más allá del, casi inapreciable, curso del Ucayali. La inminente y acelerada nocturnidad comenzó por oscurecer las remotas plantaciones de aguaje y, desde allí, muy lentamente, se fue extendiendo, como una marea negra, por todo el paisaje circundante.

Fray Martín Escribano se dirigió al maletero de la furgoneta, sacó un par de mantas gruesas y las extendió sobre el suelo, dejando el vehículo a sus espaldas. Después de esponjar un par de bolsas de viaje y colocarlas a modo de almohadones, tomó una botella de Pilsen de las provisiones que guardaban en la fresquera, la abrió con el canto de una navaja y se tumbó en aquel improvisado refugio.

–Está un poco caliente, pero qué más da... –dijo mientras le

pasaba la cerveza a la enfermera.

Esperanza miró a fray Martín con aires de sorpresa.

–No es usted un cura al uso –observó–. Pareciera que está acostumbrado a dormir en el suelo, no es la idea que tenía.

–He dormido en el suelo en más ocasiones de las que se cree –le contestó–. Pero, dígame, ¿cuál es la idea que tiene usted de un cura al uso? –preguntó fray Martín con curiosidad.

–Pues..., no sé. No sabría decirle –titubeó la enfermera–. Quizá la de alguien más severo, más inadaptable a los percances, más serio.

–Yo no soy serio –respondió tajante fray Martín mientras volvía a dirigir su mirada al horizonte–. Quizá su impresión parta, simplemente, de un prejuicio y de que, hasta ahora, no hemos tenido ocasión para hablar de manera relajada. ¡Pero beba usted! ¡No dé tiempo a que la cerveza se caliente más!

Y fue en aquel instante cuando Esperanza comprendió que la persona frente a la que se encontraba distaba mucho de asimilarse al estereotipo que se había conformado en su interior. El gesto inalterable del fraile, más por la serenidad que por la indolencia, irradiaba la justa paz que el desafortunado imprevisto precisaba. Con unos pantalones de excursionista, unas sandalias y una vieja camiseta de color verde militar, aquel sacerdote franciscano, desde el silencio y la contemplación, parecía disfrutar tanto de la naturaleza y del paisaje que bien pudiera decirse que ni siquiera tomaba en consideración los eventuales percances que pudieran acontecer en aquella situación tan inesperada. Entonces, Esperanza fue capaz de reconocerlo con otros ojos y de experimentar la suficiente empatía como para comenzar a hablarle de tú.

–Toma, bebe algo –le dijo la enfermera mientras le devolvía la botella y se acomodaba junto a él en el suelo–, no vaya a ser que me la acabe.

Fray Martín, sin dejar de admirar la noche y el cielo que

frente a ambos se desplegaba, bebió un trago.

–No te preocupes –también él la tuteó–. Si es por sed, quedan algunas botellas más.

Por primera vez, el hermano Martín detuvo su mirada frente a Esperanza y observó las líneas que el sudor le dibujaba sobre los ángulos de su rostro. Y fue allí cuando supo apreciarla en todo lo que ella era y le transmitía. Allí, en ese preciso instante, entre los ecos de la tierra y el manto de la galaxia, emergía ella, delgada y blanca, como una escultura griega, y portadora de unos ojos azules que parecían contener en su interior toda la fuerza ancestral de los océanos, una fuerza que no fueran capaces de retener los mismísimos titanes de la mitología. En aquel paraje solitario fue donde fray Martín Escribano, preso de la Naturaleza, tomó conciencia de las bondades de aquella criatura sorprendente que el devenir había traído a su lado, y de que su cabello, allá donde se derramara, allá donde se recogiera, no hacía más que convocar, en cualquiera de sus giros y bucles, una luz valiosa, una luz nítida: la incomparable luz primigenia que, por vez primera, irradiara el Universo desde sus orígenes.

Las estrellas comenzaron a extenderse sobre ellos. El sacerdote y la enfermera guardaban silencio, a la espera de algo, saboreando las inefables maravillas del manto de luminiscencia que, cada vez con mayor suntuosidad, los amparaba y envolvía en el abrazo de la noche.

Esperanza dejó la botella junto al sacerdote y, con la mirada perdida, como si una fuerza ajena a su voluntad hubiera convocado aquella melodía, comenzó a tararear en voz muy baja.

–«Hey, Jude, don't make it bad, take a sad song and make it better»...

A lo que el franciscano, tumbado boca arriba, sin dejar de observar el lejano espejo de la noche, respondió con voz suave y grave.

–«Remember to let her into your heart, then you can start to make it better»...

Ninguno de los dos pudo evitar sonreír al unísono, si bien, muy poco a poco, volvieron a retomar una suerte de silencio cómplice en el que permanecieron tumbados bajo la inmensidad del Cosmos. Fue Esperanza quien inició la conversación.

–¿Qué fue lo que te llevó a ser sacerdote? –preguntó de repente.

Fray Martín elevó los ojos, respiró profundo.

–Esa pregunta es peligrosa –contestó–, podría llevarnos toda la noche.

–Pues me da la sensación de que no tenemos prisa –le susurró Esperanza con la mirada fija en el cielo.

Tras un breve lapso en silencio, el hermano Martín tomó nuevamente la palabra.

–Creo que no sabría concretarte el inicio de mi vocación –le contestó con franqueza–, pero, hasta donde yo recuerdo, parte del carisma.

–¿Del carisma? –preguntó la enfermera.

–Del carisma de san Francisco de Asís –aclaró el sacerdote–. Hay algo en sus maneras, en sus inercias, que me hace ser mejor persona. Y uno, creo, debe buscar lo bueno para sí, la mejor versión de uno mismo. Al final, al final de este viaje, es lo único que verdaderamente cuenta. La sensación de Dios, aunque parezca extraño, vino dada como consecuencia de lo anterior. No se trataba tanto de buscar el bien por tu fe en Dios, sino al revés: esa búsqueda de lo correcto, de querer aferrarte a algo bueno, me llevó a experimentar que había una realidad que me trascendía y que no era otra que la que nos regala el Dios de la Historia de la Salvación. Una historia que, le pese a quien le pese, perdura hasta nuestros días. Fue un encuentro interior y profundo, no sé si me explico... Resulta difícil expresar estas cosas con palabras.

–Creo que te entiendo.... –le dijo ella.

–¿Y tú qué? –preguntó fray Martín con la clara intención de pasarle el turno–, ¿estás casada, quizá?, ¿tienes hijos?, ¿crees en Dios?...

Una brisa furtiva arrastró consigo los murmullos y quejidos de la noche. Esperanza se tomó todo el tiempo que consideró oportuno antes de contestar.

–No estoy casada –dijo finalmente–, pero vivo con alguien. Y sí que creo en Dios, pero lo mío no es tanto una experiencia interior como una consecuencia de lo que ven mis ojos.

–¿Y qué es lo que ven tus ojos para llevarte a Dios?

–El Universo, Martín –respondió la mujer con maravillada vehemencia–. Lo tienes ahí, justo delante de ti. Para mí, no hay otra puerta a la certeza de Dios.

Entonces, fray Martín observó la inmensidad de una noche que se iba cuajando de lo que parecían pequeñas luciérnagas titilantes y que no eran más que los leves reflejos de milenarias inmensidades incandescentes que, en su continua expansión originaria, seguían conformando la compleja e inabarcable arquitectura del Cosmos.

De repente, Esperanza elevó su mano señalando a Vega y, con total naturalidad, mostrando una más que evidente pasión por los secretos del firmamento, comenzó a explicarle al sacerdote todos y cada uno de los trazos y líneas que conformaban el eterno diálogo entre las estrellas y sus representaciones mitológicas. Una imaginería que, desde la más lejana antigüedad, subsistía inalterable mientras que el mundo sucumbía bajo los fuegos de infinitos cambios. Entre los dos contaron multitud de estrellas fugaces que, en sus brevísimos trazos, parecían garabatear el mapa celeste. Por primera vez en su vida, fray Martín se sintió anclado a los movimientos interestelares, cautivo de la belleza que irradiaba la Vía Láctea y preso de las corrientes gravitacionales.

Y ya de madrugada, bebidas las horas como si fueran minutos,

el sueño terminó por hacerles frente y ambos comenzaron a cerrar los ojos. Fray Martín, sin apenas pensarlo, acercó sus manos a las de Esperanza, quien, sin reparo alguno, las acogió entre las suyas para no dejar de acariciarlas mientras la noche los envolviera. Y cuando las temperaturas bajaron y ella se estremeció, el hermano Martín la estrechó contra sí, deseando fervientemente que aquella noche no terminara jamás.

Fueron las primeras luces del amanecer las que, sin ninguna misericordia, despertaron al fraile, quien abrió los ojos con cierta turbación. Frente a su rostro, aún tiritaban los labios entreabiertos de Esperanza. Y si bien, en aquel momento, no tuvo más inercia que la de besarla con todas sus ansias, algo en su interior contuvo el impulso. Fray Martín acarició con los dedos la mejilla de la enfermera hasta que esta se fue despertando. Esperanza, con los párpados entornados, lo miró con una dulzura que el fraile jamás había experimentado a través de ojos ajenos.

–Buenos días –le susurró ella.

–Buenos días –le respondió también él.

Pero antes de que pudieran decirse nada más, lo que parecía un ruido de motor y de neumáticos comenzó oírse desde la lejanía. Ambos compañeros se incorporaron, arrancados a desgana de una grata ensoñación, y, atesorando con cierta prisa y para sí los recuerdos de esa noche mágica, se sacudieron el polvo de la ropa y se prepararon para volver al caserío. El vehículo que llegaba a su rescate casi derrapó frente a ellos. Dos miembros de la municipalidad bajaron con rapidez y, con el rostro lívido por el miedo, se dirigieron al sacerdote sin preámbulo alguno.

–¡Padre, tenemos que regresar a toda prisa! ¡Ha ocurrido algo que necesita su atención!